

Dios no busca encerrarse en un templo

Cuando David se estableció en su casa y el Señor le dio paz, librándolo de todos sus enemigos de alrededor, el rey dijo al profeta Natán: «Mira, yo habito en una casa de cedro, mientras el Arca de Dios está en una tienda de campaña.» Natán respondió al rey: «Ve a hacer todo lo que tienes pensado, porque el Señor está contigo.»

Pero aquella misma noche, la palabra del Señor llegó a Natán en estos términos: «Ve a decirle a mi servidor David: Así habla el Señor: ¿Eres tú el que me va a edificar una casa para que yo la habite? Desde el día en que hice subir de Egipto a los israelitas hasta el día de hoy, nunca habité en una casa, sino que iba de un lado a otro, en una carpa que me servía de morada. Y mientras caminaba entre los israelitas, ¿acaso le dije a uno solo de los jefes de Israel, a los que mandé apacentar a mi Pueblo : “¿Por qué no me han edificado una casa de cedro?”. Y ahora esto es lo que le dirás a mi servidor David: Así habla el Señor de los ejércitos: Yo te saqué del campo de pastoreo, de detrás del rebaño, para que fueras el jefe de mi pueblo Israel. Estuve contigo dondequiera que fuiste y exterminé a todos tus enemigos delante de ti. Yo haré que tu nombre sea tan grande como el de los grandes de la tierra. Fijaré un lugar para mi pueblo Israel y lo plantaré para que tenga allí su morada. Ya no será perturbado, ni los malhechores seguirán oprimiéndolo como lo hacían antes, desde el día en que establecí Jueces sobre mi pueblo Israel. Yo te he dado paz, librándote de todos tus enemigos. Y el Señor te ha anunciado que él mismo te hará una casa. Tu casa y tu reino durarán eternamente delante de mí, y tu trono será estable para siempre.» (2 Sam. 7, 1-11 y 16).

*Mi alma canta la grandeza del Señor,
y mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi Salvador,
porque el miró con bondad la pequeñez de su servidora.
En adelante todas las generaciones me llamarán feliz.
Porque el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas:
¡su Nombre es santo!
Su misericordia se extiende de generación en generación
sobre aquellos que lo temen.
Desplegó la fuerza de su brazo,
dispersó a los soberbios de corazón.
Derribó a los poderosos de su trono
y elevó a los humildes.
Colmó de bienes a los hambrientos
y despidió a los ricos con las manos vacías.
Socorrió a Israel, su servidor,
acordándose de su misericordia.
Como lo había prometido a nuestros padres,
en favor de Abraham y de su descendencia para siempre” (Lc. 1, 47-55).*

ó también:

*Cantaré eternamente el amor del Señor,
proclamaré tu fidelidad por todas las generaciones.*

Porque tú has dicho: «Mi amor se mantendrá eternamente, mi fidelidad está afianzada en el cielo».

Yo sellé una alianza con mi elegido,

hice este juramento a David, mi servidor:

«Estableceré tu descendencia para siempre, mantendré tu trono por todas las generaciones.»

Tú hablaste una vez en una visión

y dijiste a tus amigos :

“Impuse la corona a un valliente,

exalté a un guerrero del pueblo.

Encontré a David, mi servidor,

y lo ungué con el óleo sagrado,

para que mi mano esté siempre con él

y mi brazo lo haga poderoso.

El enemigo no lo aventajará,

ni podrán oprimirlo los malvados :

yo aplastaré a sus adversarios ante él

y golpearé a los que lo odian.

Mi fidelidad y mi amor lo acompañarán,

su poder crecerá a causa de mi Nombre :

extendere su mano sobre el mar

y su derecha sobre los ríos.

El me dirá: «Tú eres mi padre,

mi Dios, mi Roca salvadora» (Sal. 89, 1-4 y 19-26).

¡Gloria a Dios, que tiene el poder de afianzarlos, según la Buena Noticia que yo anuncio, proclamando a Jesucristo, y revelando un misterio que fue guardado en secreto desde la eternidad y que ahora se ha manifestado! Este es el misterio que, por medio de los escritos proféticos y según el designio del Dios eterno, fue dado a conocer a todas las naciones para llevarlas a la obediencia de la fe. ¡A Dios, el único sabio, por Jesucristo, sea la gloria eternamente! Amén (Rom. 16, 25-27;).

En el sexto mes, el Angel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen que estaba comprometida con un hombre perteneciente a la familia de David, llamado José. El nombre de la virgen era María. El Angel entró en su casa y la saludó, diciendo: «¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo.» Al oír estas palabras, ella quedó desconcertada y se preguntaba qué podía significar ese saludo. Pero el Angel le dijo: «No temas, María, porque Dios te ha favorecido. Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús; él será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin.» María dijo al Angel: «¿Cómo puede ser eso, si yo no tengo relaciones con ningún hombre?» El Angel le respondió: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el niño será Santo y será llamado Hijo de Dios. También tu parienta Isabel concibió un hijo a pesar de su vejez, y la que era considerada estéril, ya se encuentra en su sexto mes, porque no hay nada imposible para Dios.» María dijo entonces: «Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho.» Y el Angel se alejó (Lc. 1, 26-38).

Dos programas contrapuestos

Cuando, como seres humanos, pensamos en Dios, comúnmente lo hacemos como el rey David, en términos de poder, de grandiosidad, de ostentación.

En cambio Dios se presenta en términos de modestia y servicio.

El rey piensa en madera valiosa, el cedro; Dios piensa en seres humanos de carne y hueso.

Los humanos apuntamos al poder, Dios a la fragilidad.

Creemos que la gloria divina ha de manifestarse por la ostentación. Dios elige el camino de la fragilidad y la pobreza.

Pensamos en la casa digna para albergar a Dios y Dios piensa en la casa digna para albergar a su pueblo.

Anhelamos construir edificios y Dios afirma que mantendrá la vida: *yo elevaré a uno que saldrá de tus entrañas* (2 Sam. 7, 12).

Solamente una criatura –María de Nazaret– ha aceptado que su proyecto desaparezca y se realice el proyecto de Dios.

¿Dios lo quiere, o es que no lo quiere?

El rey toma las medidas para superar con “su” templo a todos los competidores. En cambio, Dios lo lleva a contemplar la grandeza de su misterio. Natán, quien primero aplaude la iniciativa del rey, luego se hace vocero del mensaje de Dios. No siempre los homenajes que planeamos son los que Dios quiere. No siempre nuestros planes son los suyos. No siempre nuestros programas coinciden con sus proyectos y nuestras previsiones no siempre cuentan con su aval.

María comprende lo fundamental, Dios no la llama a realizar lo que ella sueña, imagina o planifica; Dios la llama a otra realización. Así es también con cada uno de nosotros y de nosotras.

Dios no quiere quedar aprisionado

El rey David no se da cuenta que Dios no tiene apuro alguno en quedar encerrado entre las paredes de un templo, notable como éste fuere. Dios prefiere el campo abierto, el camino, la vida en medio de su pueblo. Dios tiene vocación de nómada, aunque nosotros prefiramos que se quede allá en el cielo.

Quizás, hoy, a nosotros y a nosotras, Dios puede estarnos diciendo: *¿Eres tú el que me va a edificar una casa para que yo la habite?* (2 Sam. 7, 5). Así que no nos apresuremos a colocarlo en el pesebre, una figura en medio de otras. Dios prefiere estar en movimiento, salir con nosotros, mezclarse con la gente, entrar en nuestros trabajos y escuelas, sentarse con nosotros a la mesa, discutir los problemas, estar con los chicos jugando en el parque, compartir la vida de los emigrantes, estar en las villas, acompañar al enfermo y al moribundo. No, por supuesto que no te prohíbe disponer el pesebre. Seguro que le gusta, sobre todo si se parece al original. Pero, ese pesebre te sirve a ti y a mí, no a él, somos nosotros los que lo necesitamos. Tampoco Dios ha venido en Jesús para permanecer confinado a un lugar o una institución, aunque la llamemos iglesia.

María, luego del anuncio del ángel, no le construyó un nacimiento, un pesebre. Sino que se puso en marcha, fue de viaje. El Hijo de Dios deja los cielos para meterse en medio de la vida humana. El lugar de Dios, intuye María, está en medio de nuestros humanos caminos. El Emmanuel –Dios con nosotros– puede ser un Dios sin casa, pero es un Dios que no acepta serlo sin la compañía de los hombres y mujeres de todos los tiempos.

El misterio se revela

Pablo canta a Dios con alegría porque en Jesucristo se revela: *¡El misterio que fue guardado en secreto desde la eternidad y que ahora se ha manifestado!* (Rom. 16, 25-26).

Nosotros, hombres y mujeres de fe, tenemos la propensión a tener –o mejor decir deseamos o afirmamos tener- la respuesta para todos y cada uno de los desafíos del vivir, para todos y

cada uno de los problemas que enfrentamos como personas y como sociedad. Incluso, en la historia de la Iglesia, hubo quienes con la afirmación de “Dios lo dice, Dios lo quiere” mostraron un fanatismo carente de amor y respeto por la persona humana.

Creo que hemos de renunciar a toda presunción y, como María, mostrar esa fe que aunque perpleja y llena de interrogantes, sin respuestas fáciles, responde con un sí en amor y humildad al llamado de Dios.

La posibilidad que nos que da es la imposible

¿Cómo puede ser eso si yo no...? (Lc. 1, 34).

Nosotros podemos pronunciar tantos: Si yo sí.... Conocemos nuestras fragilidades y miserias, nuestras incapacidades y resistencias, nuestras cobardías e hipocresías, el mal que existe en el mundo. Conocemos al ser humano, incluso en su falta cruel de humanidad. Incluso conocemos la lentitud de la Iglesia, sus contradicciones, sus miedos y dudas, los comportamientos no siempre evangélicos de los que se afirman cristianos.

No es posible hacer nada –decimos– los humanos no somos de confiar. Y, así, nos equivocamos. Pretendemos conocer al ser humano, a nosotros mismos. En verdad lo conocemos, pero olvidamos que –además– conocemos a Dios.

Ese conocer a Dios nos hace ver que lo imposible está al alcance de la mano. Cuando María escucha la afirmación de que *no hay nada imposible para Dios (Lc. 1, 37)*, se rinde y responde: *Yo soy la servidora del señor, que se cumpla en mí lo que has dicho (Lc. 1, 38)*, que se realice lo imposible. María de Nazaret se pone a disposición no de lo posible, sino de lo imposible.

Quién sabe si caemos en cuenta que en la lista de nuestros imposibles –una lista que se alarga de continuo con el pasar de los años– es suficiente introducir la clave del misterio, del misterio de Dios. Así nuestros cálculos y previsiones se derrumbarán y la larga y densa columna de los imposibles se transformará en aquello que ha de realizarse, sí o sí.

Conociendo a los hombres y las mujeres, hasta lo posible se convierte en imposible. Pero, cuando Dios anda de por medio, se invierten los términos del problema y todos los caminos se abren, quedan libres. Lo imposible se convierte en el único camino posible.

Conclusión

La grandeza de Dios se expresa en el amor que se da en Cristo Jesús por cada ser humano. La aceptación de ese amor nos conduce en el camino de la imposible, nos lleva a la realización del reinado de Dios, a ser colaboradores y colaboradoras en la construcción de la justicia, en el encuentro entre las personas en un mundo de equidad y paz.